

China: Los límites de la apertura

Alain Jacob

*L*as reformas económicas introducidas por Deng Xiaoping removieron una serie de arraigados fundamentos socio-políticos y condujeron a un período de crisis e incertidumbre. Hoy en día, señala el autor de este artículo¹, se puede observar la aparición cada vez más nítida de una corriente de "administradores", herederos de Zhou Enlai, partidarios de una modernización "desde arriba" del doble aparato Estado-Partido en nombre del "centralismo democrático".



LA CRISIS QUE SE DESTAPO CON LA DESTITUCION de Hu Yaobang es ciertamente la más grave que haya conocido la China desde la muerte de Mao Zedong. No es la primera vez que un viento más o menos fuerte llega hasta la alta jerarquía del partido; el mismo Hu Yaobang había sucedido a Hua Guofeng en la dirección del PCC en 1981, en circunstancias bastante turbias. En cambio, si se trata de la primera ocasión en que los cambios de personas no se inscriben de ningún modo en un proyecto político a largo plazo, sino, por el contrario, ponen en evidencia al mismo tiempo los desacuerdos existentes entre los dirigentes del más alto nivel y el carácter incierto de las relaciones de fuerza entre el aparato del partido y el del Estado.

El hecho de que la agitación estudiantil haya marcado el inicio aparente de la crisis no permite hacerse ilusiones. Desde hace décadas, y con mucha anterioridad a 1949, las manifestaciones estudiantiles en China han sido el síntoma de fenómenos políticos más profundos. En este respecto, el calendario durante el último decenio es completamente ilustrativo. Los estudiantes salieron a la plaza Tien An Men en abril de 1976, en vísperas de la destitución de Deng Xiaoping; allí se les encontró en enero de 1977 cuando reclamaban su regreso y, nuevamente, esta vez valiéndose de la fuerza, en el invierno de 1978-1979, durante el desarrollo de la efímera "Primavera de Pekín", episodio del cual algunos de ellos serían víctimas, pero que representaría el primer gran momento crucial del "post-maoísmo". Más tarde, en 1983, en torno a la campaña emprendida en contra de la "polución espiritual", aún se escuchaban referencias a la juventud y a los estudiantes, rebeldes o convertidos en víctimas por el delito de tener los cabellos demasiado largos o de albergar un sentimentalismo demasiado notorio... Rara vez ellos obtuvieron el triunfo —y siempre provisionalmente— y es forzoso pre-

III TRIMESTRE 1987

guntarse por la utilización muy por lo alto que le han dado a las iniciativas siempre listas a surgir en estas jóvenes mentes.

Los testigos de las manifestaciones de Shangai, Nankin y de otros lugares informaban durante este invierno que las reivindicaciones estudiantiles estaban lejos de ser aisladas. Se encontraba entonces en las calles a toda clase de personas, cuyas preocupaciones no tenían nada de universitarias, y que se quejaba del alza de precios, de las crecientes desigualdades, así como del pésimo funcionamiento del transporte urbano.

En síntesis, si las manifestaciones estudiantiles cumplieron un papel revelador —tal vez acelerador—, la crisis es una realidad mucho más profunda y toca al país en su conjunto, en todo caso al conjunto de los miembros de la esfera política, a quienes la experiencia de las reformas impulsadas desde 1978 bajo la égida de Deng Xiaoping ha proporcionado mucho tema de reflexión.

Las lecciones del pasado

CIERTAMENTE, YA CHINA TUVO OCASION DE DESCUBRIR algunos de los efectos dañinos o desestabilizadores que podía ocasionar la audacia estimulada por el "pragmatismo" de Deng Xiaoping. Una primera prueba, que constituye un precedente útil para la comprensión de la crisis actual y en la cual los factores políticos y económicos se vieron íntimamente mezclados, había sido experimentada entre 1979-1980.

Después de haberle dado apoyo a finales de 1978 a los temas expresados sobre el "muro de la democracia"— que lo ayudaron en su ofensiva contra de los sobrevivientes de la vieja guardia maoísta—, en el mes de marzo siguiente Deng Xiaoping explicó que aquello no había sido más que una "vitrina" sin consecuencias, destinada fundamentalmente al consumo exterior. Al mismo tiempo, él había respaldado la promulgación de los "cuatro principios", a los cuales se hace referencia aún hoy, y en los que se establece el marco real de la libertad de expresión en China: adhesión al socialismo, apoyo a la dictadura del proletariado (desde entonces transformada en "dictadura democrática-popular"), respeto a la dirección del Partido Comunista, fidelidad al marxismo-leninismo y al "pensamiento Maozedong".

Pero al mismo tiempo, lo que se ponía en tela de juicio era el conjunto de la política económica. Desde el 4 de marzo, Li Xiannian, entonces vicepresidente, empezó a hablar de "reajuste" frente a periodistas japoneses. "Nosotros concedemos una atención mucho mayor a nuestras capacidades de pago con respecto a los países extranjeros", precisó. Algunos días después, en una reunión interna, Deng Xiaoping se expresaba sobre el mismo asunto, en un estilo que le es característico: "En cuanto a la economía, el tono de la música es demasiado alto. La parte de atrás no alcanza a seguir el avance de los primeros compases (...) Con el pretexto de desarrollar el espíritu de solidaridad comunista, se trata de inflar las cifras, de planificar

a ciegas y de poner en obra cualquier cosa (...) Todo lo que se quiere, se impone. Cuando el mejor jefe de oficina toma su estilógrafo, lo hace para suscribir un contrato de muchos millones de dólares y, en esa forma, poner intencionalmente al comité central en apuros. Si nosotros lo rechazamos, perdemos toda credibilidad, y si aceptamos, ¿de dónde obtendremos todo ese dinero?"

Un mes más tarde (en abril de 1979) una conferencia de trabajo hizo un primer examen de la situación y verificó, entre otras cosas, que la ejecución presupuestal de 1978 había sido saldada con un déficit de cien millones de yuans. Aunque en cifras absolutas resulta poco, es mucho para un país habituado a un estricto rigor financiero y en donde se desconoce por completo la inflación.

Dieciocho meses más tarde, en el otoño de 1980, el balance fue considerablemente más significativo. El déficit del comercio exterior sobrepasó los tres mil millones de yuans en 1979 y se requirió de todos los rigores del "reajuste" para reducirlo a menos de mil millones en 1980. El déficit presupuestal se elevó a 17.6 mil millones en 1979 y, pese a todos los esfuerzos, en 1980 todavía se acercó a los 13 mil millones de dólares, lo que equivale a más del 10% de los gastos del Estado.

Entretanto, el barómetro político varió considerablemente. Aunque el "viento frío" que sopló durante los primeros meses de 1979 fue denunciado durante el verano, nuevamente causó estragos en el siguiente invierno. Uno de los principales artífices del "muro de la democracia", Wei Jingsheng, fue condenado en octubre a quince años de prisión. En enero de 1980, el mismo Deng Xiaoping propuso la abolición del derecho a colocar *dazibaos* (los afiches manuscritos mediante los cuales cada uno podía expresarse), así como la de otras "grandes libertades" inscritas teóricamente en el artículo 45 de la constitución, que reconocían el derecho de los ciudadanos a la "libre expresión de opinión", a la "amplia exposición de ideas" y al "debate amplio".

Nuevamente es el momento para el orden, no para la democracia. Un hombre "rehabilitado de la Revolución Cultural", el antiguo alcalde de Pekin, Peng Zhen, encarna muy bien la corriente dominante. Ciertamente, es un reformador con respecto al "izquierdismo" del pasado, quien ahora se define como un "legalista", promotor de un nuevo orden, basado en un sistema jurídico armado de legalidad, pero poco tolerante frente a una *laissez faire* propicio a la inestabilidad política. Es significativo que el nombre del mismo personaje resurgiera a un primer plano en 1987 entre los detentadores de la verdadera ortodoxia.

1985: el año del compromiso

EN LA POLÍTICA CHINA SE HARIAN SENTIR otras fluctuaciones, como por ejemplo la severa campaña en contra de la "polución espiritual", desarrollada en 1983. Una mirada retrospectiva a los acontecimientos de 1979-1980 puede resultar de interés, porque aunque su única víctima importante fue Hua Guofeng, de todas formas ya condenado, en ellos se encuentra la mayoría de los ingredientes de la crisis actual.

1/Politique internationale, No. 35.

Es indudable que esta tuvo su origen en la "conferencia nacional" del PC chino, reunida en septiembre de 1985 en Pekín. De manera significativa, su apertura coincidió con la publicación de un discurso muy militante, aunque defensivo, pronunciado dos meses antes frente a la Escuela Superior del partido por el secretario del PCC, el señor Hu Yaobang. Este reconoce que las cosas no marchan de la mejor forma, pero fustiga severamente a "aquellos que dudan" del futuro y denuncian el desorden prevaleciente en la economía. Contraataca en un terreno delicado, al recordarle a algunos dirigentes, evidentemente sin nombrarlos, que diez años atrás ellos prudentemente se habían guardado de comprometerse en una oposición abierta contra la "Banda de los Cuatro", los ultraizquierdistas que fueron detenidos menos de un mes después de la muerte de Mao.

Los personajes aludidos no se dejaron intimidar de ningún modo por esta diatriba. Por el contrario, uno de los miembros veteranos del buró político, Chen Yun, pronunció delante de la conferencia del partido un discurso en contra de las consecuencias políticas de las reformas, sin guardar mucha consideración. Inicialmente, señaló que en una economía planificada, los objetivos de la producción no debían estar determinados "por el juego ciego de la oferta y la demanda", propio de una economía de mercado. Se mostró particularmente inquieto por la disminución de los cultivos cerealeros, pero también denunció a los miembros del partido que "ponen el dinero por encima de todo, olvidándose de los intereses del pueblo y del Estado". Se trató de un completo ataque, tanto en el frente de la economía como en el de la disciplina del Partido.

La crítica no era infundada. La disminución de la cosecha de granos fue sensible (— 7%), ocasionada ciertamente por las graves inundaciones de Manchuria, pero también por la escogencia de otros cultivos más rentables, así como por la pérdida de tierras provocada por una urbanización anárquica. El consumo se incrementó con mucha mayor rapidez que la producción, estimulándose así la importación de bienes de consumo que comprometen el equilibrio financiero externo y generan una tasa de inflación equiparable por lo menos a la de 1979-1980.

En cuanto al "estilo de trabajo", los repetidos llamados a la lucha contra los fenómenos de corrupción a escala más o menos grande no bastaron para desalentar el creciente apego a las cosas materiales de numerosos cuadros políticos que no entienden por qué no pueden ellos también obtener algún provecho de las oportunidades brindadas por la extensión de la economía de mercado, lo que con frecuencia significa el desarrollo de una economía paralela.

La conferencia de septiembre de 1985 terminó en unos compromisos. El proyecto del VII plan quinquenal, adoptado para 1986-1990, prevé algunos ajustes de las tasas de crecimiento, una mejor distribución de las inversiones y un esfuerzo orientado a incrementar las exportaciones. En el plano político, la salida de algunos viejos mariscales —aunque no de los "veteranos" más activos— provocó un relativo remozamiento de los organismos dirigentes. La señal fue dada en forma clara; se comprometieron prudentemente en un proceso de relevo, si no de sucesión. Pero los recién llegados

están lejos de ser todos partidarios incondicionales de Deng Xiaoping. Se habla de un "nuevo eje de la política de reformas".

El reformismo en tela de juicio

POCO MAS DE UN AÑO DESPUES, LOS PRINCIPALES indicadores económicos no habían mejorado sustancialmente. La tasa de inflación real seguía siendo sensiblemente superior al diez por ciento (del doce al quince por ciento para las ciudades). El déficit presupuestal solo era parcialmente cubierto por la emisión de bonos del Tesoro. El del comercio exterior se había reducido solo en parte (12 mil millones de dólares en 1986, contra 15 mil millones en 1985). Por el contrario, los empréstitos del extranjero prácticamente se duplicaron en 1986, hasta alcanzar los 7 mil millones de dólares, cifra que revela una situación desconocida en la China Popular y que comienza a suscitar cierta preocupación en un país en donde además las reservas en divisas tienden a desvanecerse.

Durante el mismo periodo, el "recalentamiento" continuó muy de prisa: la tasa de crecimiento registrada en la industria durante los últimos meses de 1986 (15%) fue el doble de la prevista para el VII plan. No obstante, hay un signo premonitorio de que habrá un nuevo cambio de orientación: los contratos suscritos con el extranjero habían disminuido en cerca de una cuarta parte con respecto a 1985.

Por otra parte, se acentuaron algunas de las tensiones más profundas acarreadas por un reformismo un tanto voluntarista y, sobre todo, insuficientemente controlado. Se comenzó a tomar conciencia de que si bien la privatización de la agricultura proporcionaba un notable incentivo a la producción, no traía soluciones del todo satisfactorias a los problemas planteados a mediano y largo plazo. El "grupo familiar", agente de una indiscutible reactivación de la actividad agrícola, muy rara vez está efectivamente en capacidad de emprender las inversiones importantes y durables que requieren toda una gama de trabajos de infraestructura que sin embargo son indispensables, ya sea en cuanto a la conquista de nuevas tierras (para compensar especialmente las que se pierden en la periferia de las aglomeraciones urbanas), al mantenimiento de las vías de comunicación o aunque sólo sea a la conservación de las capacidades de irrigación.²

Por otra parte, cada vez resulta más evidente que el desarrollo acelerado programado por las reformas es de naturaleza profundamente "diferenciadora". Ciertamente, se trata de una escogencia deliberada (supuestamente los más favorecidos deben desempeñar un papel de arrastre frente a los menos favorecidos), con la cual las desigualdades se profundizan. Esto se aprecia claramente en el campo económico: los ricos llanos costeros de la zona templada se desarrollan con mucha mayor rapidez que el resto del país. Sin duda, no es por azar que después de la caída del Hu Yaobang, las

2 / Pekin Information, del 23 de junio de 1986, citado por Fr. Gipouloux (*Courrier des Pays de l'Est*, noviembre de 1986), indica que la superficie irrigada ha disminuido en cerca de un millón de hectáreas entre 1980 y 1985.

provincias desheredadas del país del loes*, como Shaanxi, hayan encabezado la denuncia en contra del "liberalismo"...

Pero el fenómeno de diferenciación afecta igualmente otros terrenos, como el de la educación. El intento de constituir rápidamente una élite altamente calificada, que supuestamente sea la fuerza motriz de la modernización, en el marco de un presupuesto educativo que se mantiene extrañamente restringido con respecto a los medios internacionales, ha llevado a abandonar toda política de promoción un tanto uniforme a escala nacional³. De ello resultan frustraciones inevitables para las familias cuyos hijos, nacidos en medios de baja extracción o muy mal dotados como para pretender figurar entre las élites, tienen pocas oportunidades de acceder aunque solo sea a una mediana enseñanza.

La crisis destapada

ES SOBRE ESTE TELÓN DE FONDO QUE LA CRISIS política va a tomar forma. Desde sus inicios, ella ha girado en torno a un interrogante central: tal como lo afirma uno de los cuatro "principios fundamentales" enunciados en 1979, ¿el Partido Comunista debe o no ejercer un papel dirigente sobre la sociedad china? Esta pregunta es planteada con justa razón por todos aquellos que tomaron al pie de la letra el discurso "liberal" —las comillas son de rigor— inspirado por Deng Xiaoping y relevado por Hu Yaobang hace algunos años, según el cual "la práctica es el único criterio de verdad". Como consecuencia de ello, ninguna teoría, ningún dogma podrá ser considerado como indiscutible, menos aún la autoridad de un partido que tiene puesto en aquel principio su fundamento.

El medio universitario no sólo estaba designado por naturaleza para impulsar el debate, sino que fue literalmente incitado a hacerlo. ¿No se afirmaba en una directriz de septiembre pasado, relativa al desarrollo científico y técnico, que estaba "terminantemente prohibido criticar una serie de opiniones", con el pretexto de que no concuerden con la línea del partido?

Algunos respetables universitarios, miembros del Partido Comunista (el nombre del profesor Fang Lizhi de la Universidad de Hefei es el que se cita con mayor frecuencia, aunque no es el único) se permitieron también preguntar públicamente por el sentido que había que darle al término "socialismo", o aun cuando fuera al de los "colores chinos", y deploraron las "trabas del dogmatismo". En este caso, ellos no hicieron más que hacer extensivo el razonamiento que conjuntamente les había sido sugerido a un nivel más alto. Sin embargo, no todo el mundo los respalda; así se dio un paso adelante por una vía por la cual algunas personalidades influyentes no están dispuestas a proseguir. Simbólicamente, fue el viejo general Wang Zhen, él mismo de origen muy modesto y veterano de los combates de la liberación, quien a fines de diciembre subió a la palestra a denunciar a la Escuela de Cuadros Superiores del comité central como a personas "que se convierten

en abogados de una liberalización burguesa" y que "han dejado de proseguir cuidadosamente por una vía socialista".

¿A quién se estaba refiriendo? Efectivamente a los estudiantes que se movilizaban en las calles, junto con otras personas. También a sus profesores, que los dejaron actuar, si no los estimularon para hacerlo. Pero sobre todo a los dirigentes políticos propiamente dichos, cuyo discurso inspiró el del profesor Fang y el de sus colegas, que en todo caso nada hicieron para reestablecer el orden frente a esos eventos. Habría que empezar por Hu Yaobang, quien personifica esa corriente de la dirección del partido, tanto o quizás más que el mismo Deng Xiaoping. ¿No fue acaso él quien tres años antes había logrado que se pusiera término a la campaña en contra de la "polución espiritual"? ¿No fue el mismo que en 1985 se permitió reprender a algunos veteranos que se habían puesto en guardia en contra de ciertas desviaciones de las reformas?

Quince días después, estos mismos veteranos pidieron su cabeza y la obtuvieron. De creer en informaciones provenientes de fuentes seguras, los viejos militares que supuestamente se habían retirado en 1985, insistieron a mediados de enero para que se les permitiera asistir a la reunión del buró político en donde fue adoptada esta decisión. No es difícil imaginar en qué sentido ejercieron su influencia.

A partir de ese momento, la crisis se desbocó. Pronto fueron arrasados todos los esfuerzos desplegados para minimizarla. En un principio se aseguró que no habría cacería de brujas; que el momento de las "campañas ideológicas" ya había pasado, que no se trataba de un "movimiento político" como aquellos que sacudieron a China en el pasado. Lo que se produjo, o al menos lo que se anunció, fue exactamente lo contrario: personalidades excluidas del partido, periodistas licenciados, fórmulas fuertes para denunciar "la decadente ideología y modo de vida burgueses" o el "cáncer" de la liberalización. El ejército se encuentra en primer plano con una circular de su departamento de política general que anuncia "una seria lucha política". Pero la provincia no está en calma y sobre todo allí en donde las reformas no han hecho frente a la pobreza se habla de "movilizar a millones de hogares" para que se opongan a los "contrarrevolucionarios" y a los "elementos arrogantes hostiles".

Paralelamente, algunos viejos términos de orden, que no se escuchaban desde hacía años, volvieron a ser utilizados: "contar con sus propias fuerzas", "seguir el ejemplo de Lei Feng" (este joven soldado fue el símbolo del sacrificio en la época de Mao Zedong), "reeducarse junto a las masas" (en alusión a los universitarios y estudiantes en general, invitados a tener la experiencia del trabajo manual)... Algunas de las personalidades más conocidas por su ortodoxia recobraron su prestigio, y algunos "pesados" de entre ellos criticaron tal o cual aspecto de la política de reformas adelantada desde los inicios de los años 80. *Bandera Roja*, publicación oficial mensual del partido, no vaciló en referirse a la "incompetencia de los dirigentes en el frente ideológico y teórico".

El futuro: ¿una democratización "desde arriba"?

LOS EXCESOS EN EL LENGUAJE SON HABITUALES en la vida política china y los propósitos proclamados en el fragor de una campaña no deben ser siem-

* / Barro arcilloso.

³ / Ver específicamente, sobre el capítulo de la enseñanza, el estudio de Marianne Bastide en la revista *Tiers Monde* de octubre-noviembre de 1986.

pre tomados al pie de la letra. Los mismos actores han aprendido a no conferirles indefinidamente todo su rigor. Cualesquiera que sean, los discursos denunciadores no contribuyen sino muy parcialmente a aclarar las orientaciones sobre las cuales puede desembocar la crisis. No obstante, la única hipótesis que está prácticamente descartada es la de un retorno a las vicisitudes de la Revolución Cultural. Aunque todo pronóstico resulte todavía azaroso, para esquematizar puede decirse que los actuales problemas de la China se plantean a la vez en términos de personas y de instituciones.

Los asuntos de personas giran en primera instancia en torno a un hombre, Deng Xiaoping. Su posición constituye efectivamente un factor agravante de la crisis, pues ésta estalló precisamente en los albores del día en que se debía preparar su sucesión, con ocasión del próximo Congreso del PCC, previsto para el otoño de 1987. Es de suponer que este evento no estará libre de algunas dificultades, en la medida en que su protagonista principal declaraba personalmente en el pasado mes de septiembre, durante una entrevista concedida a la cadena de televisión CBS: "Para serles franco, yo intenté persuadir a nuestra gente para que me dejaran retirar a partir del XIII Congreso. Pero hasta el momento no he escuchado sino opiniones en contra. A fin de cuentas, yo debo obedecer la decisión del partido".

Por lo tanto, lo que hoy en día se pone en tela de juicio es el conjunto del proceso de sucesión emprendido. En este sentido, la crisis es de un tipo desconocido, en cuanto deja al régimen sin un proyecto político en lo que atañe al carácter inmodificable de su organización futura. Deng Xiaoping, con 82 años, ¿estará todavía en capacidad de retomar las cosas en sus manos, de desempeñar el papel de árbitro que le confiere su autoridad personal? El hecho de que haya cedido ante los que reclamaban la cabeza de Hu Yaobang no es por sí mismo un índice probatorio de su debilidad. No es la primera vez que este viejo político experimentado cambia de hombro su fusil; sin remontarse muy lejos en el pasado, la forma como capitalizó en 1978 la corriente democrática de la "primavera de Pekín", para reprimirla algunos meses más tarde, demuestra que no se complica con muchos escrúpulos en ese respecto. Pero su discurso publicado por la prensa china el pasado 16 de febrero data de... 1962 y gira esencialmente en torno a temas relativamente neutrales de la "unidad" y el "centralismo democrático". Esto no es suficiente para discernir la evolución del pensamiento del autor veinticinco años después.

Hay otros asuntos de figuras políticas ligados a los problemas de las instituciones. El aparato dirigente chino, trátase del partido, del Estado o de las relaciones entre estas dos entidades, se ha modernizado en últimas muy poco desde la muerte de Mao Zedong. Si se mira un poco en profundidad, bajo todos los aspectos, China ha permanecido como un país comunista clásico, fuertemente jerarquizado, pero con un control muy imperfecto sobre sus mecanismos económicos y sociales; sigue siendo autoritario en sus principios, pero con una eficacia muy relativa en sus métodos de gestión. Esto es lo que han podido entrever sus opositores, cuyas tesis se podrían resumir más o menos en la siguiente forma: las reformas económicas no pasaron la prueba, no pueden surtir todo su efecto a menos que se acompañen también de audaces reformas en el sistema político.

¿Resulta inconcebible? No necesariamente si en forma paralela a la lucha por las libertades, si no antes, se emprende una verdadera transformación del Estado. Porque China, heredera de tradiciones por lo demás muy anteriores a la llegada al poder de los comunistas, sufre al mismo tiempo de un "exceso de Estado" y de la falta de un "Estado moderno"⁴, es decir, de todas sus técnicas, sus recursos de gobierno que permiten un desarrollo controlado, preferentemente equilibrado, de las fuerzas económicas y sociales del país.

Sin embargo, una parte de la dirigencia política china fue más o menos deliberadamente formada en esta escuela. Calificar a sus miembros como "conservadores" sería inexacto, pues la herencia que ellos reclaman no es otra que la de Zhou Enlai, quien sin ninguna duda es el personaje de la historia de la China contemporánea que ha demostrado poseer un sentido más agudo sobre el Estado, además de haber sido el primero en iniciar el programa de las "cuatro modernizaciones".

Li Peng, ya antes mencionado, constituye un ejemplo bastante bueno, entre otros, de este género de personalidades. Se trata por lo general de hombres demasiado jóvenes como para haber desempeñado papeles de primera importancia en la guerra de liberación, y que por lo tanto hicieron su aprendizaje político en el aparato del partido o en la administración del Estado — la diferencia es mínima debido a la íntima compenetración entre las misiones de uno y otro. Mediante estas experiencias, adquirieron un conocimiento sólido del terreno, de los expedientes, de las realidades. Sin tratarse propiamente hablando de "tecnócratas" (aunque a veces se les coloque esta etiqueta), ellos se definen con mucha mayor exactitud como gestores que como ideólogos.

La suerte política de estos "administradores" ha conocido altibajos en los últimos diez años, pero ninguno de ellos estuvo jamás completamente ausente de los cargos de responsabilidad. Este factor le da a esta escuela la ventaja adicional de la continuidad.

Las manifestaciones estudiantiles —y las corrientes intelectuales que las apoyaban— tenían inevitablemente para estos hombres un hábito de anarquía que no hizo más que suscitar toda su desconfianza. Así se explica que ellos se encuentren hoy en día entre los partidarios del orden. Volviendo otra vez a Li Peng, éste explicaba el pasado febrero a unos interlocutores franceses: "la democracia de ustedes no es la misma nuestra. Ustedes no van a cambiar a China. China necesita de la democracia, pero para ella, esta última se sintetiza en el centralismo democrático". En otros términos, si la democratización de la sociedad china es necesaria para su desarrollo, ella debe operarse desde arriba. El aparato del Estado y del partido no pueden seguir por más tiempo supeditados a un jefe único e indiscutido, ayer Mao Zedong, hoy Deng Xiaoping. Pero es a este precio que las relaciones entre gobernantes y gobernados podrán igualmente transformarse, modernizar-

⁴/Este tema ha sido particularmente desarrollado por Yves Chevrier en *La société chinoise après Mao*, Fayard, 1986, y en el número antes citado de la revista *Tiers Monde*.

se, ya no solo a nombre de la disciplina, sino mediante la adhesión a un proyecto creíble de la sociedad, lo cual constituye un problema de "educación".

En tal perspectiva, se entiende que la experiencia de "reestructuración" emprendida en Moscú por el señor Gorbachov sea seguida con particular interés en Pekín. Más allá de los fenómenos coyunturales, las orientaciones en una capital y en la otra son posiblemente menos contradictorias de lo que parecen.

LA SOCIEDAD CIVIL

La sociedad civil es la matriz de los derechos fundamentales del ser humano, es anterior al Estado o a la sociedad política y, por lo tanto, constituye un haz de derechos e intereses del individuo que, para los postulados del liberalismo, es intocable. No obstante, la sociedad civil ha sido agredida sin tregua en nombre de sectores humanos de carácter abstracto —"clase obrera", "pueblo"— cuya personería ha sido abusivamente asumida por los predicadores de utopías. Hoy la sociedad civil ha sido absorbida en gran parte por el Estado y mutilada sensiblemente en sus derechos económicos y políticos.

El Estado, por su parte, no solamente ha crecido sin mesura, adquiriendo un peso desproporcionado que agobia a la sociedad civil, sino que ha tenido un desempeño escandalosamente deficiente e inmoral. La historia, sin embargo, vuelve ahora a trabajar en favor de la restitución de los derechos e intereses de la sociedad civil, sin cuyo florecimiento no es posible ningún desarrollo económico, científico ni humano, como lo han demostrado las sorprendentes rectificaciones ideológicas de los sistemas estatistas y burocráticos.

T. L. Caldas